

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO
EL REINO DE LAS LUCES
CARLOS III ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

Este libro ha sido posible gracias a la Ayuda a la Edición otorgada por el Instituto Municipal del Libro (IML) perteneciente al Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga



*Ilustración de cubierta: Carlos de Borbón, rey de las dos Sicilias.
Museo del Prado (en dep. en la Real Academia de Jurisprudencia, Madrid)*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ignacio Gómez de Liaño Alamillo, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-139-9
Depósito legal: M. 22.089-2015
Printed in Spain

ÍNDICE

DESTINO, ITALIA	9
LA FUNDACIÓN DEL REINO	39
EL REY ARQUEÓLOGO	53
EL REGRESO	89
POLÍTICA ILUSTRADA	97
EN EL REINO SUBTERRÁNEO	123
LA VILLA DE LOS PAPIROS	141
ESPAÑA Y EL NUEVO MUNDO	157
REALIDAD Y FICCIÓN EN EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA: EL PREDESCUBRIMIENTO, EL PARAÍSO RECUPERADO, EL BUEN SALVAJE, ELDORADO, QUETZALCÓATL	187
LOS PRECURSORES RENACENTISTAS DE LA ETNOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA CULTURA	207
Primera parte: Díaz del Castillo, López de Gómara, Motolinía, De Landa, el Inca Garcilaso	207
Segunda parte: José de Acosta y Bernardino de Sahagún	221
ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA EN LA AMÉRICA DEL SIGLO DE LAS LUCES: ANTONIO DE ULLOA	239
EN EL MAR INFINITO	253
LOS RUSOS LLEGAN A ALASKA Y LA BÚSQUEDA DEL PASO DEL NOROESTE	265
RUMBO AL FIN DEL MUNDO	277
ESPAÑA Y EL NACIMIENTO DE ESTADOS UNIDOS	293
LAS RUINAS DE PALENQUE Y LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA	319
NOTICIAS DE NUTKA	335
LA PIEDRA DEL SOL	365
EL CREPÚSCULO DEL REINO DE LAS LUCES	381

ÍNDICE

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES CON INDICACIÓN DE SU PROCEDENCIA	387
Láminas	387
Figuras	392
BIBLIOGRAFÍA	399

EL REY ARQUEÓLOGO

De *risoluto progresso*, así califica Benedetto Croce la política de Carlos VII. En efecto, el joven monarca actúa con firmeza contra los abusos de que hacían víctima al pueblo los poderosos, unifica las once legislaciones que estaban en vigor cuando llegó al trono, agiliza los trámites judiciales al tiempo que la lengua italiana va sustituyendo al latín en los procesos, firma tratados comerciales con diferentes naciones, solicita al monarca español permiso para establecer una compañía que comercie con América, que hasta entonces era un mercado reservado a España, fomenta manufacturas de todas clases, entre otras la de mosaicos y porcelana de Capodimonte, inspirada en la de Meissen (Dresde), que conoce por su esposa, atrae a su reino a extranjeros útiles otorgándoles el libre uso de sus religiones, llama, en particular, a los judíos que, expulsados por Carlos I en 1540, pueden retornar gracias al edicto de 3 de febrero de 1740 que les concede un salvoconducto para que puedan venir a comerciar y a establecer su domicilio en las Dos Sicilias, y les otorga una cierta paridad con los súbditos napolitanos. Esta medida dará lugar a numerosos pasquines críticos, entre los cuales hay uno que dice: *Infans Carolus, Rex Judaeorum*.

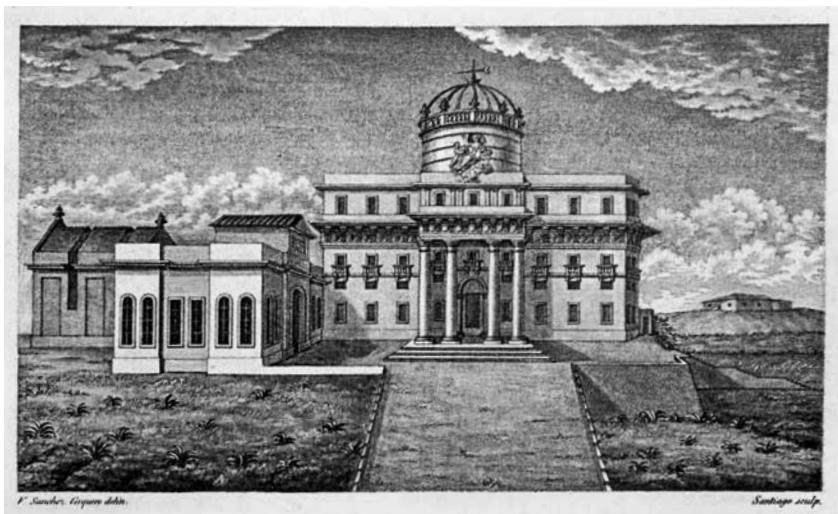
El monarca firma un tratado de paz con la Sublime Puerta para asegurar el tráfico y navegación en el Mediterráneo —de donde resulta el normal intercambio de embajadores entre Estambul y Nápoles—, permite la libre exportación de los granos sobrantes, limpia el puerto de Nápoles, que se hallaba casi abandonado, para facilitar esa exportación, facilita la comunicación viaria con el puerto y la Magdalena, reforma la administración de aduanas, regula las tarifas portuarias, restablece los arsenales y la marina, hace fundir cañones para armar los buques, abre un canal de comunicación entre el Mediterráneo y el Adriático, construye una nueva sede para la Universidad, crea la Biblioteca Real a partir de la Farnesina traída de Parma y funda el Albergo dei Poveri, enorme edificio de más de 350 metros de fachada

y con capacidad para dos mil asilados, que se asemeja al hospital de San Carlos que, años después, erigirá en Madrid y que actualmente aloja al Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

El Tratado de Aranjuez, firmado en 1752, proporciona cuarenta años de paz en Italia. Paz que se ve reforzada con el matrimonio de la hija de Carlos III, María Luisa, con el segundo hijo de la emperatriz María Teresa, Leopoldo, que más tarde llegará a ser emperador. Otra hija de la emperatriz, María Carolina, queda prometida como esposa del que será el heredero de Carlos III en el trono de Nápoles.

Mientras tanto, en España Fernando VI, que sucede a Felipe V dos años después de que su hermano hiciese su triunfal entrada en Roma, lleva adelante una política semejante de *risoluto progresso*, si bien en una dimensión mucho más vasta y compleja, que facilitará a Carlos III sus tareas de gobierno cuando le suceda en el trono. Se construyen canales, se pone en comunicación a las dos Castillas a través de la sierra de Guadarrama, se consolida la estructura radial de las comunicaciones, se recortan los privilegios de la Mesta, se funda el Observatorio Astronómico de Cádiz (*Fig. 8*), se ponen en funcionamiento fábricas de armas y municiones, los silos cerealistas, las primeras sociedades médicas, los socorros de los pobres, medidas contra vagos y maleantes y las compañías mercantiles de Caracas, Sevilla, La Habana, Barcelona y otras ciudades. A todo lo cual hay que añadir la realización del célebre catastro que lleva el nombre del principal ministro de Fernando VI, el marqués de la Ensenada.

En 1746, este ministro, siguiendo la estela de Patiño, expone al monarca las razones de la prioridad que debe darse a la renovación naval «porque sin Marina no puede ser respetada la Monarquía, conservar los dominios de sus vastos estados, ni florecer esta Península». Para llevar a cabo esa renovación, pone en pleno rendimiento astilleros y arsenales, estimula la construcción naval, sobre todo en los puertos del Cantábrico, y así, en vísperas de la muerte de Fernando VI (que ocurre en 1759), España contará con una armada formada por cuarenta y cuatro navíos de línea, diecinueve fragatas, catorce jabeques, cuatro paquebotes y cuatro bombardas, que impone respeto a ingleses, franceses y holandeses. Ensenada funda también escuelas de pilotaje. Todo ese ingente esfuerzo se hace sobre la base de una Hacienda pú-



8 *Observatorio Astronómico de San Fernando (Cádiz). Museo Naval.*



9 *El palacio real de Caserta a vista de pájaro, 1756, por Luigi Vanvitelli. Palazzo Reale, Caserta.*

blica que unifica impuestos, eleva los caudales que vienen de Indias de cuatro a seis millones de ducados al año y sube las recaudaciones del Tesoro de 53 a 90 millones sin extorsiones ni aumento de gabelas. La expansión demográfica aumenta de forma rápida, la burguesía se consolida, sobre todo en la periferia —Cataluña, Vascongadas, Sevilla-Cádiz—, y las clases medias empiezan a imponer su estilo de vida en las zonas urbanas. En relación con la Santa Sede, Fernando VI, al igual que su hermano en Nápoles, hace una política encaminada a conseguir la independencia y apoyo mutuo del Estado y la Iglesia.

En el terreno monumental Carlos III levanta, durante su reinado en las Dos Sicilias, los palacios de Portici, Capodimonte y Caserta. Comenzada la construcción de este último en 1752, las obras no se terminarán hasta veinte años después. Si los jardines de Caserta con sus estanques, estatuas, grutas, fuentes y cascadas pretenden competir en grandeza con los de Versalles, el edificio trata de emular, como bien lo viera Goethe y hace patente su estructura, al Real Monasterio de El Escorial. Sólo que allí donde en el monasterio se eleva la basílica con los panteones reales debajo, en Caserta se abre un vestíbulo octogonal del que arranca una inmensa escalera que pasa por ser la mayor escalera de corte de Europa. Y mientras que en El Escorial la fábrica de Felipe II y Juan de Herrera se repliega sobre sí misma y está como ensimismada contemplando un interior riquísimamente articulado y cargado de alusiones ideales, como la del Templo de Salomón y la Ciudad del Apocalipsis, en el palacio de Caserta —inmenso bloque de 253 por 202 metros de lado y 41 de altura, compuesto por cuatro patios, mil doscientas estancias, mil setecientas noventa ventanas y treinta y cuatro escaleras— lo que pretenden Carlos III y el arquitecto Vanvitelli es proyectar el interior hacia fuera, pues ya en el vestíbulo se multiplican las vistas en distintas direcciones, tanto en diagonal como al frente, y por ese mismo vestíbulo discurre el inmenso pasillo que atraviesa todo el edificio y se prolonga hasta el jardín (*Fig. 9 y Lámina XV*).

Carlos III regresa a España antes de haber podido completar esta construcción. Todavía hoy faltan elementos tan importantes como las cuatro torres que debían elevarse, a la manera de las del monasterio escurialense, en las cuatro esquinas del edificio, y la plaza circular que debía erigirse delante, lo que daría al visitante la sensación de

ser acogido con los brazos abiertos, como ocurre al que se acerca a la basílica de San Pedro de Roma. Esas deficiencias exteriores unidas a las interiores hacen que se tenga la sensación de entrar en un edificio fantasmal, habitado por un inmenso vacío, incapaz de hacer frente a la grandeza de la idea que en él se quiso plasmar, lo que expresa bien la orfandad en que quedará el reino cuando Carlos III abdique en su hijo Fernando, un niño todavía, que con los años se revelará como un rey poco capaz.

Pero si Caserta representa el final impresionante del Barroco italiano, los hallazgos de Herculano, Pompeya y Estabia van a renovar el conocimiento de la antigüedad clásica y originarán una revolución en los gustos artísticos, lo que granjea a Carlos III «el glorioso título de Restaurador de las Artes, con el que le aclamó Europa», según dice Fernán-Núñez. En efecto, no han pasado diez años desde el inicio de las excavaciones de Herculano cuando el erudito Juan Matías Gesner, de la Academia de Gotinga, llama a Don Carlos «el más afortunado de los reyes, renovador de la antigüedad e instaurador de todas las artes antiguas».

Una vez convertido en soberano de España, Carlos III llevará el estilo pompeyano a los salones borbónicos del Monasterio de El Escorial, de forma que las ornamentaciones del siglo dieciséis, inspiradas en las composiciones de la *Domus Aurea* de Roma, se confunden con las pompeyanas, y Carlos III se convierte en la versión dieciochesca de Felipe II. Sin embargo, por una de esas ironías de la Historia, dos regímenes políticos empeñados en acabar con lo antiguo y, en particular, con la dinastía borbónica, como la Revolución Francesa y el Imperio napoleónico, van a ser los herederos estéticos de la investigación arqueológica patrocinada por un monarca de esa dinastía, que pasó la mayor parte de su vida entre Madrid, Nápoles y los Reales Sitios cercanos a esas dos ciudades, y representa, como pocos soberanos, el absolutismo ilustrado y el *Ancien Régime*, ya que de él procede, según ha destacado Marcello Gigante, «el primer impulso para la arqueología y la formación del gusto neoclásico del siglo XVIII».

El ingeniero José Antonio Medrano, al que ya hemos visto dando clases a Don Carlos durante su viaje de Sevilla a Nápoles, va a desarrollar una gran actividad en esta ciudad. Autor de los planos del

teatro de San Carlos y del palacio de Capodimonte, realiza las obras de restauración del Palacio Real de Nápoles, que había servido de residencia a los virreyes españoles desde principios del siglo diecisiete, y dirige, con la colaboración del ingeniero zaragozano Roque Joaquín de Alcubierre, los trabajos para la construcción del Palacio Real de Portici en terrenos próximos a Nápoles, que habían pertenecido, sucesivamente, al conde de Palena y al príncipe D'Elbeuf antes de pasar a manos de Carlos III. Es entonces cuando esos parajes van a convertirse en el foco de la atención del joven monarca y en el punto de arranque de las excavaciones que sacarán a la luz Herculano, la ciudad sepultada por la erupción del Vesubio del 24 de agosto del año 79.

El descubrimiento empieza a apuntar a comienzos del verano de 1738 cuando, como paso previo a la remodelación del palacio de Portici para utilizarlo como residencia campestre, Medrano encarga a Alcubierre que levante un mapa del lugar. Mientras está dedicado a esa tarea y estudiando los recursos hidráulicos de los alrededores del palacio, la gente del lugar le informa de los hallazgos fortuitos de objetos antiguos que a menudo se han producido en la zona. A esas noticias une el ingeniero español la que obtiene sobre el pozo Nocerino a través del cual, en 1710, Manuel Mauricio de Lorena, príncipe D'Elbeuf, general al servicio del emperador Carlos VI de Austria, extrajo algunas esculturas de forma también fortuita. Al ordenar la excavación del pozo, D'Elbeuf sólo había pretendido obtener objetos antiguos y mármoles con los que decorar su villa. Esa finalidad explica que cuando sus operarios llegaron hasta la escena del antiguo teatro de Herculano, lo despojaron de todos sus adornos para utilizarlos como cemento en la construcción de la villa.

D'Elbeuf también envió, de forma clandestina, algunas de las estatuas halladas en ese lugar a varias familias reales. Las tres remitidas a Viena para el príncipe Eugenio pasaron después a Dresde, al ser compradas por Federico Augusto III de Sajonia, padre de la futura reina María Amalia. Esta circunstancia y la coincidencia de la boda real con el inicio de las excavaciones de Herculano han inducido a algunos autores a sacar la conclusión de que la reina influyó decisivamente en esa empresa. La abundante documentación que se conserva no avala semejante tesis. Cuando Doña María Amalia llega a Nápoles apenas

tiene catorce años, la caligrafía de sus cartas es tan infantil que incluso ha de ser corregida por una mano adulta y, sobre todo, no muestra un interés especial por las antigüedades. Los contemporáneos coinciden en señalar que en los primeros años de su matrimonio se limita a compartir las aficiones del rey, entre ellas la caza y la pesca, y que su influencia sobre Don Carlos es escasa. En cambio, es bien conocida la relación de Carlos III con la cultura clásica gracias, como ya hemos señalado, al coleccionismo de sus padres —recuérdese el envío a España de las colecciones de Cristina de Suecia y del marqués del Carpio— y al de otros antepasados suyos, como Felipe IV, que desplegó en varios salones del palacio del Buen Retiro los espectaculares cuadros del mundo romano ya comentados, para no hablar de las abundantes antigüedades clásicas existentes en España y de los numerosos estudios de que habían sido objeto desde los albores del siglo dieciséis.

Alcubierre decide entonces bajar a inspeccionar el pozo Nocerino y, cuando llega a veintiún metros de profundidad, descubre vestigios de paredes estucadas en rojo. Informado Medrano, baja él también y, tras confirmar el hallazgo, propone realizar una exploración detallada. Los resultados no están, sin embargo, a la altura de las expectativas, y el secretario de Estado, Joaquín de Montealegre, marqués de Salas, ordena suspenderla debido a que «el trabajo de excavación en el pozo con la esperanza de hallar objetos antiguos ha sido motivo de irrisión por parte de algunos Señores de la Corte». No obstante, un mes después, en consideración a los nuevos datos aportados por Alcubierre, el rey le autoriza el 13 de octubre de 1738 a realizar un nuevo intento a través de distintos pozos y galerías, no sin prevenir Montealegre a Medrano que «vaya dando cuenta de lo que se fuere descubriendo y encontrando».

Así, el 22 de octubre de 1738, dan comienzo las excavaciones. Desde entonces hasta su muerte, en 1780, Alcubierre las dirigirá y en el curso de las mismas llevará a cabo el desenterramiento de las antiguas ciudades, con la consecuencia de revolucionar las técnicas arqueológicas y, sobre todo, el conocimiento de la antigüedad. Cuando se inicia la excavación sistemática, nadie sabe de qué lugares precisos de la antigüedad se trata. Son los propios hallazgos los que se encargarán de responder a esa cuestión. La exhumación de Herculano es una labor

ardua. Hay que atravesar veinte o incluso más metros de una masa pétreo formada por fango solidificado antes de llegar a las ruinas de la ciudad y descubrir, finalmente, que el pozo Nocerino está situado sobre la vertical del teatro.

En contraste con el desdén con que miran «algunos Señores de la Corte» los trabajos de los ingenieros españoles, Fernando VI y Bárbara de Braganza siguen desde España con gran interés las excavaciones desde el primer momento, según lo atestigua la correspondencia que Don Carlos mantiene con ellos. Como respuesta a sus cartas, les dice éste en marzo de 1739: «He ordenado a Montealegre decir todo lo que se encuentra en ese antiguo teatro». En efecto, desde los primeros momentos Don Carlos sigue puntualmente la marcha de las excavaciones. Por ello Pedro Voltes ha podido decir: «El descubrimiento de Pompeya y Herculano, liberadas de la capa de tierra y ceniza que las cubría, debía provocar en el mundo de las artes un segundo Renacimiento. *El mérito se debe al rey Carlos. Su acción personal fue decisiva.* [...] El rey siguió estos trabajos con apasionamiento. Presenció la aparición del templo de Júpiter, con su profusión de estatuas, sus inscripciones, pinturas, y de las calles [...] No tardaron en aparecer las ruinas de Pompeya, y el rey compró los terrenos para facilitar las excavaciones».

Desde el inicio de las excavaciones se le da a Alcubierre la orden de «dar cuenta por escrito cada semana, y siempre que conviniera», de todo lo que se fuera encontrando, lo que cumplió siempre con puntualidad indicando las fechas y lugares de los hallazgos. Al principio Alcubierre informa al rey diariamente, luego se establece como norma que los informes sean semanales y se haga un diario detallado de las excavaciones. Lamentablemente, muchos de esos partes semanales se perderán años después de que Carlos III regrese a España. De ahí que para la historia de las excavaciones sea de extraordinario interés el *Diario* que Alcubierre redactó en español y en el que se refiere a los hallazgos realizados desde el comienzo de las mismas hasta el año 1756, dos antes del regreso de Carlos III a España. El gusto de Doña Isabel de Farnesio por las antigüedades clásicas debió de influir no poco en la perseverancia que puso su hijo en la tarea arqueológica, a pesar de las dificultades, pues para darle gusto le envía a Madrid la primera planta que se realiza del teatro, dibujada por Alcubierre, con

la indicación de los lugares exactos donde se han encontrado las esculturas de interés. El memorial ilustrativo que acompaña al dibujo lleva una nota de Montealegre, que dice: «por si mereciese la curiosidad de los Reyes Nuestrs Señores». En ese memorial, redactado por el ingeniero zaragozano, se incluye una lista de treinta pinturas con la explicación de temas y medidas. También se envía a Doña Isabel el dibujo de un *oscillum*, o medallón de mármol, pero no consta que se le hiciese llegar ninguna de las piezas exhumadas. Al leer estas informaciones la pasión anticuaría de la reina de España no podía sino encenderse.

El interés por los hallazgos que empiezan a aflorar al pie del Vesubio coincide con el suscitado en esas fechas por el propio volcán. El 13 de octubre de 1738 el conde de Brühl, que ha llegado a Nápoles en el séquito que acompaña a Doña María Amalia, hace una excursión al Vesubio en compañía de José de Cartella, primer caballero de la reina. A raíz de esa excursión se explora el cráter, se toman medidas y se recogen muestras de la erupción, que también son enviadas a los reyes de España junto a un plano y una descripción detallada. A partir de entonces los viajeros que lleguen a Nápoles combinarán la excursión al Vesubio con la de las ciudades que se excavan al pie del volcán.

La figura más destacada en la exhumación de Herculano, en la investigación sistemática de esa ciudad —así como en la de Pompeya y Estabia—, en la recuperación de miles de pinturas, esculturas, utensilios y manuscritos o *volumina* y en el registro detallado de esos objetos es el ingeniero militar Roque Joaquín de Alcubierre, que contará para esa dura y absorbente tarea con la ayuda de su hermano Felipe. Nacido en Zaragoza en el año 1702, pasa a Italia con otros ingenieros militares dentro de la expedición enviada por Felipe V en junio de 1734 para ayudar a su hijo en la conquista del sur de Italia. Entre esos colegas se encuentran los ingenieros militares Joaquín Pérez Conde y José de Córcoles, que también tendrán un papel importante en las excavaciones. De la diligencia de Alcubierre y de la buena fortuna que les acompaña es una prueba que el 5 de mayo de 1741, o sea, dos años y medio después de iniciados los trabajos, pueda decir: «Ya pasan de ciento cuarenta las pinturas que se han sacado de las grutas». La importancia que cobran, a cada día que pasa, los hallazgos, unida a la necesidad de garantizar la seguridad de los edificios próximos,

aconseja tomar ciertas medidas. Con ese fin se elabora una normativa innovadora, en la que participan el ingeniero mayor Juan Antonio Medrano y el mariscal de campo Andrés de los Cobos, que obliga a levantar planos de todo lo que se explora. Esta normativa pasará a los ingenieros que van a estar al frente de las excavaciones vesubianas: Roque Joaquín de Alcubierre, Francisco Rorro, Pedro Bardet, Carlos Weber y Francisco de la Vega. Así, gracias a las disposiciones ordenadas por Carlos III, se dan «los primeros pasos de la arqueología moderna, que salía de las limitadas búsquedas del coleccionismo de antigüedades para pasar a ser patrimonio de todos», para decirlo con palabras de Gaetano Capasso. Los cuidadosos procedimientos que se estipulan contrastan con la falsa idea difundida por algunos autores según la cual las excavaciones se limitaban a un simple saqueo en el que ni siquiera se registraban los hallazgos. Eso era normal en la mayoría de las excavaciones de la época, pero no en las de Carlos III. Basta comparar el registro documental de Herculano con el de las excavaciones que por esas fechas se hacen en Roma, con Winckelmann como *Prefecto delle Antichità* y *Anticuario Apostolico*, para darse cuenta del muy superior rigor científico-técnico de las herculanenses.

El rey nunca llega a entrar en las galerías donde efectúan su trabajo de campo los arqueólogos, pues, como señala Fernández Murga, «el real decoro no se avenía con el único modo posible hasta entonces para hacerlo, es decir, a través del pozo y atado a la maroma del cabrestante». Pero del interés con que sigue los trabajos desde sus inicios tenemos el testimonio de Alcubierre, quien anota el 17 de marzo de 1739 la cordialidad con que Su Majestad, ese mismo día, le ha preguntado por las excavaciones desde un balcón de palacio, y eso cuando nadie podía sospechar el tesoro que el tesón del ingeniero militar español y su equipo acabarán sacando a la luz. Un tesoro que sólo se conseguirá al precio de ímprobos esfuerzos, pues al estar Herculano cubierta por una capa de piedra de veinte metros de grosor, hay que trabajar como en las minas. De Brosses, que visita las grutas un año después de iniciados los trabajos, las describe así: «Se descende, como a una mina, valiéndose de un cable y un torno, por un ancho pozo profundo, de cerca de doce a trece toesas [o sea, unos veinticuatro o veinticinco metros] [...] No pueden distinguirse los objetos más que al resplandor

de las antorchas, que, llenando de humo estos subterráneos faltos de aire, me obligaban a cada momento a interrumpir mi examen para ir a la abertura exterior a respirar con más facilidad» (carta del 28 de noviembre de 1739). «Difícilmente podrá nadie que no tenga gran ánimo y corazón», dice por su parte Giacomo Martorelli, «caminar, como he hecho yo, ochenta y cuatro palmos bajo tierra por esas galerías estrechísimas y casi en ruinas». Para orientarse en aquellas tenebrosas galerías Alcubierre no dispone de más instrumentos que una brújula, pues, según él mismo anota en su *Diario*, la estrechez de las grutas no permitía el empleo de la plancheta. A pesar de ello, los hallazgos se irán sucediendo a ritmo creciente día tras día.

Otro expresivo testimonio de las condiciones en que se desarrollan los trabajos de Herculano nos lo proporciona Alejandro Dumas, padre. Aunque la visita que hace a ese lugar data de 1835, cuando ya hace mucho tiempo que se ha dejado de trabajar en ese yacimiento y se puede acceder a él sin necesidad de utilizar el viejo pozo, sus palabras dan una idea de las condiciones en que, durante años, se llevó a cabo la exploración: «Se baja a las excavaciones de Herculano, como a una mina, a través de una especie de pozo. Aparecen luego corredores subterráneos, a los que se accede con antorchas, corredores ennegrecidos por el humo, en los que, de trecho en trecho, y como a través de un velo desgarrado, se entrevén la esquina de una casa, el peristilo de un templo, los graderíos de un teatro; todo ello incompleto, mutilado, tétrico, sin conexión, sin visión de conjunto y, por consiguiente, sin efecto. Por ello, al cabo de una hora pasada en aquellos subterráneos, el más empedernido anticuario, el arqueólogo más obstinado, el más infatigable curioso no sienten otra necesidad que la de ver la luz del día, ni otro deseo que el de respirar el aire del cielo».

Al poco de iniciadas las excavaciones se producen hallazgos tan importantes como las espléndidas pinturas murales de *Teseo vencedor del Minotauro* y *Hércules reconociendo a Telefo en presencia de Arcadia* (Lámina XVI). La primera, hallada el 22 de septiembre de 1739, suscita una admiración universal. «Esta pintura se considera por cosa muy singular y de valor», comenta Alcubierre, «así por el primor y arte del que la hizo, que en concepto de muchos ha excedido a Raphael [...] como

por ser la única tal vez en el mundo que, después de haberse mantenido más de 1.700 años dentro de la tierra, se ha sacado 52 palmos debajo la superficie de ella sin haber perdido nada los colores».

Sensación no menor causa siete años más tarde, en 1746, el hallazgo de dos estatuas ecuestres en mármol de Marco Nonio Balbo, que actualmente se encuentran en el vestíbulo del Museo de Nápoles. Dada la mole de las mismas, su extracción presentaba particulares dificultades. Para entonces ya se había abierto, en base a los precisos cálculos de Alcubierre, una rampa subterránea que, además de facilitar el acceso y la renovación del aire en las grutas, demostró ser providencial cuando una tromba de agua las inundó el 22 de septiembre de 1745: los obreros pudieron salvarse subiendo a lo alto de los graderíos del teatro y escapando por la rampa. No obstante, las estatuas, al igual que la mayor parte de las demás piezas que se iban encontrando, hubo que sacarlas a través del pozo mediante el cabrestante.

Dada la dureza de los trabajos, resulta especialmente ruin la falsa acusación que se hace a Alcubierre de haber empleado minas explosivas, cosa que jamás hizo. «Una mala traducción de los documentos españoles», señala la profesora Alonso Rodríguez a este respecto, «ha extendido en la bibliografía la idea de que las minas a que se refiere el ingeniero de Carlos III, son cargas subterráneas de pólvora que se hacían explotar en las galerías. Sin otro apoyo documental que las sucesivas citas de unos autores a otros, se han llegado a describir episodios de explosiones y pólvora que en absoluto constan en la abundante documentación original que existe ni en las descripciones de todos aquellos que visitaron las excavaciones en el siglo XVIII». A los autores que han difundido semejante infundio habría que exigirles, al menos, que se informasen acerca del significado de la palabra *mina*, que en español significa, en primer lugar, las galerías abiertas bajo tierra para extraer metales o minerales, y no el explosivo que inventó su acalorada fantasía. La mezcla de ignorancia, ligereza y posiblemente malicia cuando dan a la palabra *mina*, que aparece a menudo en las relaciones de excavación, el significado de explosivo es tanto más vergonzosa por cuanto «quizá nunca un trabajo de minería», según destaca el arqueólogo e historiador Amedeo Maiuri, «impuso un sacrificio tan duro

como éste ni exigió tanto esfuerzo de inteligencia y de maestría con medios tan rudimentarios».

Abundando en el malentendido sobre el vocablo *mina*, Silvestro Carotenuto dice en *Herculaneum* (1932) que «cuando la durísima toba ofrecía resistencia se empleó incluso la mina», dando a esta palabra el sentido de explosivo. Harold Acton se hace eco de la patraña en su obra sobre los Borbones napolitanos cuando afirma que «se hallaron muchas cosas de valor, que sobrevivieron [...] a los daños causados por el pico y *las minas*», y aporta a continuación una variante, igualmente falsa, del caso: «en 1738 Carlos III hizo confiar las excavaciones y las confió a un ingeniero español, Alcubierre que, no entendiendo nada de antigüedades, devastó el teatro de Herculano». En semejante devastación pusieron, en efecto, gran empeño, no Alcubierre y su equipo, sino los operarios con que el príncipe D'Elbeuf, general al servicio de los alemanes, había saqueado esa zona, detalle que Acton prefiere ignorar. Y todavía se atreve este sujeto a añadir la información, igualmente falsa, de que a Alcubierre «le sucedió un florentino, Venuti, célebre anticuario», cuando en realidad le sucedió el español nacido en Roma Francisco de la Vega. Si se tiene en cuenta el inmenso éxito que en hallazgos, conservación e información obtuvo el «ignorante» ingeniero español metido a arqueólogo, no cabe duda de que los profesionales de la arqueología deberían imitarle en lo posible, sobre todo si se ven obligados a trabajar en las durísimas condiciones en que lo hicieron Alcubierre y su equipo.

La patraña de la pólvora cobró proporciones de difícil digestión cuando el *Reader's Digest*, revista estadounidense de gran difusión aunque de escaso prestigio, publicó en mayo de 1954 el siguiente relato: «En 1748 este ingeniero [Alcubierre], con una cuadrilla de veinticuatro trabajadores y la pólvora como instrumento principal, emprendió una serie de excavaciones toscas. [...] Alcubierre se complacía en los objetos que encontraba por cuanto irían a enriquecer la colección del Rey de Nápoles; pero en lo que más se interesaba era en las aplicaciones técnicas de la pólvora». Lo menos que se puede decir de estas frases, plagadas por lo demás de errores, es que sus autores, Donald y Louise Peattie, y el editor del *Reader's Digest* eran, al igual que Acton, una gente mucho más interesada en las aplicaciones técnicas de la

mentira que Alcubierre lo pudo estar en las aplicaciones técnicas de la pólvora, de la que nunca hizo uso en las largas y penosas jornadas de excavación. No niego, sin embargo, que hubo una explosión en Herculano y que esta se produjo el 7 de agosto de 1755: fue debida a una chispa que saltó al golpear un obrero con el pico una piedra provocando la inflamación del gas acumulado. Se trataba de hidrógeno sulfurado, pues se sintió un fuerte olor a azufre. Y todo quedó en el susto.

Frente a la erupción de patrañas, diríase que exhumadas de los fondos más oscurantistas de la leyenda negra, con la que se ha pretendido enterrar el protagonismo de Alcubierre y con él la participación española en la empresa arqueológica más importante del siglo dieciocho, ha habido, ciertamente, estudiosos que han puesto las cosas en su sitio saliendo en defensa del ingeniero zaragozano. Caesar Egon declaró sin rodeos que «sus méritos eran inmensos» y Alfonso De Franciscis destacó «la realidad de los resultados concretos que la actividad arqueológica alcanzó con las nuevas y grandes empresas de excavación y con los estudios que aquellos descubrimientos provocaron» añadiendo que «fueron las primeras excavaciones emprendidas de forma sistemática y realizadas con un vasto y en cierto modo orgánico programa de exploración y de estudios de complejos núcleos urbanos». Fausto Zevi no ha dudado en afirmar que los trabajos de Alcubierre y su equipo representan «la máxima operación de aquel siglo en lo referente al conocimiento de la antigüedad y, se la mire como se la mire, una de las etapas fundamentales de la arqueología de todos los tiempos». Y, refiriéndose en particular a Herculano, añade estas atinadas palabras: «Hay que considerar que la excavación de Herculano no tenía precedentes, ni por la amplitud del programa (se vio en seguida que había que enfrentarse con la exploración de una entera ciudad) ni por el estado de conservación de los monumentos ni, sobre todo, por las particularísimas condiciones en que se realizaba la exploración, en estrechas y oscuras galerías a veinte metros bajo tierra».

Una severa disciplina preside la actividad de aquel pequeño grupo inicial de exploradores, tanto en lo que se refiere al trabajo, que se rige por la hora española, como en lo que atañe a la comunicación y entrega de cualquier objeto por insignificante que pueda parecer, lo que supone cuidadosos registros y una severa penalización de la menor

sustracción. Veamos un ejemplo de esta rigurosa disciplina. El 13 de febrero de 1741, al vaciar un obrero una espuerta de tierra, observa que, revueltos en la tierra, hay unos higos secos que, en la semioscuridad de las grutas, han pasado inadvertidos, y, sin dar importancia a lo que hace, entrega algunos de esos higos a un paisano que pasaba por allí. Al tener noticia de ello, Alcubierre le obliga a recuperar los higos y, aunque ante el marqués de Salas disculpa al infractor, le hace apresar para que sirva de advertencia a los demás. En esas fechas trabajaban dieciocho operarios en las grutas. Más tarde, cuando lleguen a cuarenta, el peligro de infracciones aumentará y, por ello, se impone el deber de tomar especiales precauciones.

El siguiente ejemplo es todavía más ilustrativo. Se descubre que tres hombres y dos mujeres han robado, en septiembre de 1740, «cierta cantidad de trocitos de bronce antiguo de diversa grandeza y elaboración, junto con otros pequeños pedazos machacados de lastras de plomo, tres lucernas antiguas de terracota, dos piedras de cornalina y otras cosas menudas». El 8 de diciembre se condena por esa infracción a dos de los hombres a tres y dos años de galera respectivamente y a las mujeres a tres años de destierro. A los dos hombres se les aplica además la pena de los azotes «para infundir el temor en los demás». Aunque, a primera vista, sorprende tal dureza en el rey y en el marqués de Salas, que tan merecida fama se granjearon de hombres bondadosos y comprensivos, el rigor de la pena queda explicado con las palabras que Alcubierre escribe ocho años más tarde comentando el caso: «Este ejemplo ha motivado desde entonces tal respeto en las grutas, que es bien positivo que de ellas no se ha extraviado ninguna cosa jamás». Y tanto cuidado se pone en las excavaciones, que Alcubierre podrá jactarse, al final de su *Diario*, de no haber sufrido un solo accidente en los dieciocho años que las dirigió de forma directa.

Del detallismo y conservacionismo a ultranza que preside la labor tenemos una buena prueba cuando el 14 de septiembre de 1742, a raíz de haberse hallado el día anterior una balanza romana, el marqués de Salas llama la atención de Pedro Bardet, que sustituía temporalmente a Alcubierre, para recordarle que debe atenerse a las instrucciones que se le han dado: «Su Majestad ha reparado que al brazo de la romana se le ha quitado la pátina, lo que no se debe hacer, como ya lo tengo

prevenido a Vuestra Merced otras veces». En su papel de supervisor, Carlos III es tan exacto y detallista como lo era en los más variados asuntos de la vida y la gobernación de sus reinos.

Otra calumnia contribuirá a empañar el prestigio de Alcubierre. En este caso el difamador es Winckelmann. El anticuario alemán le acusa, sin el menor fundamento, de haber destruido una inscripción sin haberla copiado, cuando el *Diario* de Alcubierre y sus comunicaciones semanales a la Corte evidencian el cuidado que siempre puso en la tarea de copiar las inscripciones antes de arrancarlas del lugar donde se encontraban, y de recoger todos los fragmentos de las mismas cuando las inscripciones aparecían rotas. El infundio lo lanza Winckelmann en la carta al conde Brühl, que, publicada en París en 1764, cuando Carlos III llevaba ya cinco años en España, obtiene gran difusión para disgusto de los napolitanos y de las personas bien informadas.

«La dirección de estos trabajos», dice Winckelmann al hacer la historia del descubrimiento de Herculano, «fue confiada a un ingeniero español llamado Roque Joaquín Alcubierre, que [...] tiene tanta familiaridad con las antigüedades como la luna con los cangrejos, como dice el proverbio italiano, ha causado con su poca capacidad la pérdida de muchas cosas preciosas. Un solo ejemplo servirá de prueba». Y pasa a referir la patraña de la inscripción. El relato de Winckelmann, si algo pone en evidencia, es la falta de fiabilidad del propio anticuario, que, al ser nombrado conservador de las antigüedades en Roma, no se mostró tan cuidadoso como se podría esperar de quien se atreve a emitir un juicio tan severo y, sobre todo, falso. Como historiador del arte antiguo Winckelmann, desborda las capacidades de Alcubierre, pero, como arqueólogo, es un pigmeo frente a un gigante. Además, jamás se habría permitido un hombre tan serio y cabal como el ingeniero español el tono de resentimiento con que se expresa el esteta alemán.

Si algo excusa a Winckelmann es que, probablemente, se limitó a hacerse eco de la información que le sopló Camillo Paderni, director del Museo Herculanense, pues fue éste quien le acompañó en sus visitas a dicha institución, y Paderni aborrecía a Alcubierre, celoso como estaba de su preeminencia. Poco después del segundo viaje de Winckelmann a Nápoles y de sus visitas al museo, Tanucci escribe el 22 de abril de 1762 a Carlos III, ya rey de España: «Paderni se desahoga

como de costumbre contra Alcubierre, al que no me es posible hacer que llegue a digerir». La disciplina con que el ingeniero aragonés dirige los trabajos arqueológicos pudo hacerle antipático ante Paderni, pero lo cierto es que esa disciplina contribuyó a los grandes progresos de la excavación.

Puestos a descubrir escándalos arqueológicos, Winckelmann debería haber dirigido la mirada no hacia el paciente, tenaz y riguroso Alcubierre, sino hacia su engañoso informador, o sea, hacia Camillo Paderni, pues éste y Tanucci protagonizaron una atrocidad de la que Winckelmann no se hace eco. Ocurren los hechos cuando Carlos III se encuentra ya reinando en España y su hijo, el nuevo rey de las Dos Sicilias Fernando IV, sólo tiene diez años. Tanucci autoriza a Paderni, por Orden del 14 de abril de 1761, a destruir a golpes de pico todas las pinturas que no considere merecedoras de figurar en el museo que dirige el propio Paderni. Éste cumple con tanto celo la orden que provoca el estupor y la indignación de cuantos tienen noticia del suceso, de modo que, a los tres años de iniciadas aquellas destrucciones, Tanucci se ve obligado a ordenarle que cese en las mismas, al tiempo que hace saber a Alcubierre esta nueva disposición: «Portici, 12 de noviembre de 1763. Habiéndose ordenado a don Camillo Paderni que no ose poner mano en las pinturas antiguas halladas en las excavaciones, sin consultarlo antes con Su Majestad [...], puesto que el Rey ha oído con horror que se ha ordenado destruir muchas pinturas, me ordena por ello S. M. que prevenga a V. S. para el cumplimiento de su Soberana resolución». Tal vez a Paderni, no sabiendo qué hacer para quitarse de encima el cargo de conciencia de tan vandálica acción, no se le ocurrió otra cosa que lanzar, para al menos desviar la atención, el infundio de que Alcubierre había olvidado copiar una inscripción antes de arrancarla de un muro.

Así, pues, si en esta tragicomedia de vandalismo arqueológico hubiera que buscar un villano, ese papel habría que adjudicárselo a Paderni, en tanto que a Winckelmann habría que darle el de informador fácilmente manipulable que lanza una acusación falsa a un público ávido de noticias escandalosas. Tampoco refiere Winckelmann que, cuando se encarga a Paderni la dirección de los trabajos de excavación, se logran tan exiguos resultados, en comparación con los obtenidos por su

rival, que al cabo de unos meses se le obliga a abandonarlos, y Paderni no puede por menos de reconocer su fracaso declarando a Tanucci el 4 de diciembre de 1762: «Me siento el hombre más confuso del mundo».

Que Alcubierre fue un arqueólogo muy afortunado es un hecho indudable: ahí está el Museo de Nápoles para probarlo. ¿En qué consistió el secreto de su buena estrella? Él mismo lo da a entender cuando dice que el mejor modo para que la excavación dé frutos consiste en atender con asiduidad al trabajo y aprovechar bien los datos que la excavación proporciona. Todavía aclaran algo más el secreto de su éxito las instrucciones que da a Francisco Rorro, que le sucede cuando el 3 de junio de 1741 cae enfermo debido a las duras condiciones que imponen los trabajos, manteniéndose al margen de ellos hasta 1745. Entre esas instrucciones cabe destacar la siguiente: cada día se ha de escribir «haciendo distinta relación de las cosas que hubieran comparcido en las excavaciones y remitiéndola en el correo que lleva las cartas a la Secretaría Real de Nápoles». O sea, lo que se requiere es constancia, método, atención y una información detallada y ordenada del proceso a través de la relación precisa de todo lo que se halla. Y también se requiere intuición, don que no le faltó a Alcubierre. Por ejemplo, al observar que al pie de algunas estatuas encontradas en las termas romanas de Caracalla figuraba una inscripción donde se informaba de que habían sido extraídas *ex abditis locis*, o sea, de «lugares ocultos», supuso que provenían de las ciudades sepultadas de la Campania, ya que tenía noticia de que, en otros tiempos, se habían producido incursiones en Pompeya, Estabia y, sobre todo, Herculano. Carlos III siempre tuvo a Alcubierre en el mejor concepto, y el 2 de septiembre de 1760, unos meses después de llegar a España, escribe a Tanucci estas palabras definitivas: «Veo lo que me dices de D. Roque de Alcubierre [...] y te diré con sinceridad que él es buen Oficial y muy hombre de bien y limpio de manos». Tan hombre de bien y limpio de manos que, a su muerte, deja en la pobreza a su mujer y a sus numerosos hijos.

Alcubierre tiene también especial cuidado en ilustrar, desde el principio, el proceso con dibujos de los lugares donde se producen los hallazgos relevantes. Los realiza, sobre todo, para dar satisfacción al rey, que es un hombre extremadamente exacto. En una fecha tan tem-

prana como el 13 de mayo de 1739, cuando sólo se lleva medio año excavando, Alcubierre envía al marqués de Salas «el plano que difícilmente he podido formar de las grutas y edificio del Theatro antiguo» de Herculano, «en cuya explicación observará V. E. el lugar fijo donde se han encontrado las inscripciones, estatuas, columnas, metales y otras piedras halladas en estas excavaciones». He ahí un buen ejemplo —entre los numerosísimos que se podrían aducir— de la función que el dibujo tiene para Alcubierre en el proceso investigador.

En esta asidua y minuciosa tarea de dibujar los lugares excavados precisando los objetos hallados en cada sitio, cuenta Alcubierre en los primeros tiempos con la eficaz colaboración de su hermano Felipe y de Mariano Díaz. Más tarde el suizo Carlos Weber y el español nacido en Roma Francisco de la Vega, que sucede a Weber en el cargo de director subalterno, demuestran estar en posesión de una esmerada técnica de dibujo. Es verdad que la mayor parte de éstos no se ha conservado, pero ese extravío no es imputable a Alcubierre. La desaparición de los dibujos debió de empezar pronto, pues en una carta dirigida a Tanucci el 18 de agosto de 1759, dos meses antes de la partida de Carlos III rumbo a España, dice Alcubierre haber visto en poder de monseñor Antonio Ottavio Baiardi algunos de aquellos dibujos enviados por él a la Corte. Otro tanto ocurre con sus comunicaciones oficiales. Fueron tantas que, al final de su *Diario*, con fecha del 22 de octubre de 1756, habla de dos mil cuarenta y una. Sin embargo, una buena parte de ellas empezó a desaparecer pronto. «Sorprende la desaparición de todos estos documentos», comenta Fernández Murga, «cuando sabemos que en la Corte se tenía el mayor empeño y el máximo cuidado para que nadie tuviera acceso a esas noticias y nadie pudiera adelantarse en la publicación de las mismas». Giulio De Petra, arqueólogo y director del Museo de Nápoles a finales del siglo diecinueve, da a este respecto una interesante información: «Cuando Fiorelli, en 1847, copiaba en la Dirección del Museo los informes de las excavaciones de la parte pompeyana, ya no se daba la debida cuenta de estas preciosas comunicaciones; y atestigüa haber visto a alguien, al que incumbía la obligación de custodiarlas celosamente, destruir algunas con una ligereza imperdonable. Y aún peor, se siguió esa obra de destrucción después de que Fiorelli hubo cumplido con el cometido que había asumido».

O sea, la destrucción de documentos se produjo muchos años después de que Carlos III dejase el trono de las Dos Sicilias y mucho tiempo después de que se hubiese eclipsado la influencia de los arqueólogos españoles. Y, sobre todo, esa destrucción tuvo como objeto numerosas comunicaciones oficiales de los arqueólogos españoles y de sus colaboradores napolitanos.

Mientras Carlos III reina en Nápoles, las relaciones de excavación se redactan en español. A partir del 24 de diciembre de 1763, por orden del propio Carlos III, que ya está reinando en España, pero que en la práctica gobierna las Dos Sicilias, pues su hijo tiene sólo doce años, se ordena que se redacten en italiano, si bien a veces sigue haciéndose en español. Destituido Tanucci en 1776, víctima de la animadversión de la reina María Carolina a causa de la influencia que el ministro ejerce sobre su marido, bien puede decirse que Carlos III suelta definitivamente las riendas del reino. No es casual que ese mismo año se abandonen las excavaciones de Herculano, que no serán reanudadas hasta bien entrado el siglo veinte, en tanto que las de Estabia se suspenderán de forma definitiva seis años después, en 1782. Cuando a mediados del siglo veinte se reanudan estas últimas, una conocida obra publicada en 1957 con el título *Viaggio in Italia* presenta esa vuelta a la excavación como si fuera el descubrimiento de Estabia. Hasta tal punto se había perdido la memoria de la gran obra de Carlos III, cuyo radio de acción arqueológica fue más allá de las antiguas ciudades vesubianas, al extenderse, sobre todo desde 1750, a diferentes puntos del golfo de Nápoles, como Sorrento, Pozzuoli y Cumas. En este último lugar se encontrará, en 1758, un año antes de su abdicación, un busto colosal de Júpiter que puede admirarse en el Museo de Nápoles.

En los últimos años se está haciendo justicia a la política arqueológica de Carlos III. En un libro de gran calidad artística publicado en el año 2000 con el título de *Pompei. The history, life and art of the buried city* y escrito por un equipo de investigadores italianos, se elogia sin reservas la acción política en general y arqueológica en particular del monarca madrileño y se reconoce lo estricto de la normativa establecida por él para las excavaciones, así como el carácter científico de las mismas. No obstante, en esa obra se comete el gracioso error de suponer que Carlos III adquirió «el ducado Farnese» por matrimonio, cuando es

bien sabido que el derecho a ese ducado lo recibió a través de su madre Isabel de Farnesio. El que adquirió ese derecho por matrimonio fue, en todo caso, su padre, Felipe V. A Carlos III mal le habría podido dar «el ducado Farnese», o para ser más exactos el ducado de Parma, su esposa María Amalia de Sajonia, cuya familia no había tenido nada que ver ni con Parma, ni con los Farnesios, ni siquiera con Italia hasta que el rey Felipe V de España eligió a esa princesa como esposa de su hijo.

El 2 de abril de 1748, sólo diez años después de comenzadas las excavaciones herculanenses, se inician los trabajos que llevarán al descubrimiento de Pompeya. Técnicamente son mucho más sencillos, pues se podía trabajar a cielo abierto. Leandro Fernández de Moratín, que visita la zona en 1796, deja una excelente explicación sobre lo distintas que son las formas de excavar en esos dos yacimientos arqueológicos: «La cantidad de ceniza y lavas que cayeron sobre esta ciudad [Herculano] fue tal, que sus edificios se hallan a sesenta, ochenta y cien pies de profundidad. Esto hace muy difícil la excavación, pues además de la consistencia y grueso de las materias que hay que romper a pico, es necesario sostener con postes y estribos las excavaciones para que todo no se hunda y arruine; y además, cómo es posible taladrar un terreno sobre el cual existen en pie tantos edificios, sin que éstos se resientan». De Pompeya dice a continuación: «La multitud de cenizas que cayeron sobre ella detenidas en los huecos de sus calles y edificios, formaron una elevación de terreno, el cual, haciéndose con el tiempo vegetal y fértil, comenzó a labrarse, y hoy se ve encima de los templos, teatros y sepulcros de Pompeya enlazarse las parras a los chopos, y segar el labrador mieses abundantes. La excavaciones que se hacen en este sitio cuestan poco trabajo, así porque todo es cenizas lo que hay que romper, como porque es mucho menor la profundidad a que se encuentran las ruinas que en Herculano».

A diferencia de la profundidad en que se hallaban sepultadas las ruinas de esta ciudad, la capa de ceniza que cubría Pompeya dejaba ver ocasionalmente las partes más altas de sus principales edificios. En el terreno donde se halla su gran anfiteatro se extendía una viña a la que llamaban «la viña del anfiteatro», indicio de que se sabía muy bien qué clase de edificio estaba emplazado debajo. Al conjunto de aquellas

ruinas se le llamaba «Civita», o sea, la Ciudad. Su identificación como una antigua ciudad venía de lejos. Cuando, en el otoño de 1535, el rey emperador Carlos I se dirige a Nápoles tras la victoriosa campaña de Túnez y pregunta qué ruinas eran aquéllas, le responden, incorrectamente, que eran las de la antigua Estabia, las cuales de hecho se encuentran a diez kilómetros de Pompeya y cuya excavación, también bajo la dirección de Alcubierre, se iniciará el 7 de junio de 1749. Sin embargo, el poeta Sannazaro, fallecido cinco años antes de pasar el rey emperador junto a las misteriosas ruinas, había dicho en la prosa XII de su *Arcadia* que correspondían a Pompeya, lo que, sin duda, era sabido por el también poeta Garcilaso de la Vega, que acompañaba a Carlos I en su viaje a Nápoles. Ese dato llegó también a conocimiento de cualquiera que leyese la traducción española de *Arcadia*, que se publicó en 1547 en Toledo y fue hecha por Diego López de Ayala. Pero *Arcadia* era una obra de ficción (que, sin embargo, aportaba un dato histórico) y los que respondieron a la pregunta del rey emperador lo hicieron a título de historiadores (que, sin embargo, transmitían un dato ficticio).

Al comienzo, Pompeya reporta pocos hallazgos de importancia. El 24 de marzo de 1764 Winckelmann profetiza que «no hay esperanza de que puedan encontrarse objetos de arte ni otras cosas en esta ciudad, en cuyos edificios se ven arrancadas, ya desde tiempos antiguos, hasta las pinturas de las paredes y los quicios de las puertas». Afortunadamente, ni Alcubierre ni su equipo hacen caso al anticuario alemán, ni tampoco a la aparición de la peligrosa *mofeta*, producida por la descomposición de las sustancias orgánicas a causa de los fuertes calores del verano, y siguen adelante en sus trabajos (*Lámina XVII*). Un año después de Pompeya se empieza a excavar en Estabia y, de forma ocasional, en otros puntos del golfo de Nápoles y la Campania, como Pozzuoli, Baias, Cumas y Capua. El conde de Gazzola emprende también en esos años el estudio de los templos dóricos de Paestum (*Lámina XVIII*).

No sólo se sigue excavando en Herculano, sino que, justo cuando acaban de iniciar las excavaciones pompeyanas, los arqueólogos carolinos están a punto de hacer el descubrimiento más sensacional de cuantos brindarán las excavaciones vesubianas. El descubrimiento tiene su prólogo el día 2 de mayo de 1750 cuando se comienza a tra-

bajar en un nuevo pozo de Portici. Es una exploración ardua, ya que, como observa Alcubierre el 9 de mayo, el trabajo «se ha experimentado muy angustioso y difícil, por lo durísimo que allí se halla el terreno, petrificado en algunas partes, en la profundidad de 114 palmos [o sea, unos 24 metros], y por el motivo de lo angosto que está aún el trabajo y manar agua en diversas partes». Con esos dolores de parto empieza a salir a la luz una gran mansión suburbana que debe su nombre de Villa de los Papiros a los numerosos *volumina* carbonizados que en ella se van a encontrar. Exaltado por los hallazgos, Don Carlos se lanza «alla più grande e memorabile impresa della storia dell'archeologia», según la califica G. Capasso, y con ella puede decirse que pone broche de oro a su reinado en el mediodía de Italia (*Lámina XIX*). El análisis de algunos volúmenes de la biblioteca, de los bustos que se hallan en la mansión y de referencias literarias, sobre todo algunas que se encuentran en obras de Cicerón, induce a pensar que la mansión perteneció a Lucio Calpurnio Pisón Pontífice, cuñado de Julio César y adversario de Cicerón, además de íntimo amigo del filósofo epicúreo Filodemo de Gadara, que pudo residir en la Villa, ya que en ella se encontraron tratados de retórica y música escritos por él, y la mayoría de los volúmenes estaban redactados en griego.

El 25 de julio se incorpora a los trabajos, en calidad de director subalterno, el ingeniero Carlos Weber, que intensifica las exploraciones herculanenses, sin por ello descuidar las de Pompeya y Estabia. A su destreza se suele atribuir el magnífico plano de la Villa de los Pisones, o de los Papiros Carbonizados, en el que se detallan sus dependencias y el lugar exacto en el que fueron hallados las esculturas y libros que albergaba. La excavación se ha vuelto para entonces hasta tal punto una empresa científica presidida por el afán de exactitud —en el caso de la Villa de los Pisones contamos con la abundante documentación dejada por Alcubierre, Paderni y Weber—, que, el 16 de agosto de 1750, al tratar del magnífico pavimento policromado que va a conducir al descubrimiento de la Villa de los Pisones, dice Alcubierre:

«Y respecto a haberse considerado imposible el sacar sano el pavimento que se empezó a descubrir en este paraje el día 1 de este mes, el cual es compuesto de piedras de jaspe, de pajizo antiguo, hechas todas

a manera de triángulos isósceles, colocados en círculos paralelos, los que, empezando con las piedras muy chicas, se van aumentando en cada círculo, hasta el diámetro de 20 palmos que tiene todo el expresado pavimento de figura circular, se formó el diseño de él, y se han sacado todas las piedras, que se numeraron, según los círculos a que cada una correspondían, y con ellas se ha vuelto a formar después todo el expresado pavimento en varios pedazos sobre lastras de piperno, para colocarle unido en el paraje que ordenare Su Majestad».

No tarda en verse que ese pavimento corresponde al mirador próximo a un gran jardín, que pertenece a la opulenta Villa de los Pisones situada a la orilla del mar (*Lámina XX*). Siete meses después, el 2 de marzo de 1751, los pacientes arqueólogos descubren uno de los grupos escultóricos más importantes hallados en las excavaciones vesubianas. Se trata de la serie formada por la pequeña escultura de mármol de *El sátiro y la cabra*, que, debido a su carácter obsceno, va a parar a los sótanos del museo para ser sólo mostrada a contados visitantes, y, sobre todo, el *Sátiro ebrio* (*Lámina XXI*), el *Fauno dormido* (*Lámina XXII*), el *Mercurio sentado en una roca* (*Lámina XXIII*) —estatua de bronce saludada por Winckelmann como la más bella del mundo— y otras muchas esculturas, además de grandes cantidades de trigo procedente de la cosecha recogida unos días antes de que la Villa quedase sepultada, según veremos más adelante cuando la recorramos con algún detalle. Los excepcionales hallazgos que proporciona la Villa representan el lanzamiento a escala internacional de las excavaciones vesubianas. Y así, desde mediados de siglo en adelante, aumenta de forma considerable el número de viajeros que, en su *grand tour*, tienen a Nápoles como destino preferente, sólo por detrás de Roma.

El hallazgo más sorprendente que se produce en la Villa de los Pisones es el de la biblioteca, con sus cientos de rollos de papiro. Unos pocos años antes el presidente De Brosses estimaba que era una «locura imaginar que algunos manuscritos hayan podido resistir al suceso que causó la ruina de Herculano y a los diecisiete siglos de permanencia en el seno de la tierra». Pues bien, esa locura se había hecho realidad. Ahí estaban los libros, como si con su aparición quisiesen hacer realidad los anhelos expresados en 1747 por Matías Gesner, quien en el escrito

en que rinde homenaje a Carlos III, en nombre del *orbe literario*, dice: «Si llegara a encontrarse la biblioteca de algún erudito, ¿qué riqueza de materiales no se derivaría para los hombres doctos?» Eso es justamente lo que acontece el 19 de octubre de 1752 cuando empiezan a discernirse en la Villa extraños rollos ennegrecidos y requemados, semejantes a *terrones*, según los describe Alcubierre, quien, con su exactitud proverbial, anota el número y estado de conservación de los papiros y el lugar en que han sido hallados.

La fragilidad de los *volumina* obliga, dado su estado de carbonización, a tomar precauciones especiales, pues cuando Camillo Paderni intenta desenrollarlos, lo único que consigue es destruirlos. En vista de lo cual Carlos III hace venir a Nápoles al calígrafo y miniaturista Antonio Piaggio, que trabajaba a la sazón como superintendente de las miniaturas de la Biblioteca Vaticana, y, sin reparar en gastos, le encarga que idee un procedimiento que permita conservarlos, desenrollarlos y leerlos. El padre Piaggio llega a Nápoles en julio de 1753, se instala en una habitación del palacio de Portici e inventa un artefacto que le va a permitir desenrollar los *volumina* y consolidar las partes estiradas, a fin de poder transcribirlos y hacer una copia facsímil. Pero Piaggio trabaja demasiado lentamente para la ilusión que Carlos III ha puesto en esa empresa. Todas las semanas acude dos veces a su taller y no pocas le acompaña la reina. Acerca de esas visitas dice Piaggio que «el rey estaba siempre de pie junto a mi máquina y no hubo un solo caso en que se le viera sentarse por muchas fatigas que hubiera pasado en mar o en tierra. No se movía hasta que hacia mediodía venían a avisarle los mayordomos». La presencia de la reina no ha de extrañar. Desde su boda con Carlos III, se ha aficionado de forma progresiva a las colecciones de arte, al igual que su padre y su hermano. Se da, además, la circunstancia de que su padre, Federico Augusto III, adquirió en su momento algunas de las estatuas halladas por el príncipe D'Elbeuf en su propiedad de Portici al excavar el pozo Nocerino, y las empleó para adornar los jardines reales de Dresde, en tanto que otras quedaron en Resina y pasaron a ser propiedad de Carlos III cuando éste adquirió el palacio de D'Elbeuf.

El 9 de diciembre de 1760 Tanucci escribe a Carlos III, que ya lleva un año en España: «He apremiado tanto al Padre Piaggio, que

lo he obligado a darme todos los meses una relación exacta de su trabajo. El mes pasado ha desenrollado tal cantidad de papiro como son trece líneas». Del disgusto que siente Carlos III por la lentitud de Piaggio hay varios testimonios en la correspondencia del rey con Tanucci, como cuando le escribe desde el palacio de El Pardo el 1 de febrero de 1763: «Veo con mucho gusto lo bien que se trabaja en la fundería y Museo, y quisiera oír otro tanto del Padre Antonio» y, más acerbamente, cuando, dos años después, el 16 de julio de 1765, le escribe desde Madrid: «Siento que el Padre Piaggio te haya burlado, y veo la poca cuenta que hay que hacer con él». Piaggio es un trabajador lento, pero los sabios franceses e ingleses no se van a mostrar mucho más diligentes, ni eficaces cuando Fernando IV regale, en 1806, veintiséis de los papiros mejor conservados, una parte al gobierno francés y otra al inglés. Domenico Comparetti observa, en 1883, que ninguno de esos volúmenes se había desenrollado todavía; no digamos leído. Esos volúmenes se ven envueltos, además, en un curioso incidente. Ocurre en 1819 y lo protagoniza un tal Sickert. Este perito alemán en papiros carbonizados se ofrece a desenrollar los que están en poder de Inglaterra, y el Gobierno británico pone a su disposición todos los medios imaginables. Se designa una comisión, de la que forma parte W. Hamilton, para que Sickert opere en su presencia. «El resultado fue», refiere Comparetti, «que Sickert con este método suyo, sobre el cual siempre quiso observar un religioso silencio, no logró otra cosa que destruir siete de aquellos papiros, y los habría destruido todos de no ser porque la comisión le obligó a interrumpir su tarea y lo despidió. Luego Sickert publicó una autodefensa, que es una obra maestra de la estupidez, en la que echa toda la culpa a los papiros y parece estar convencido de que los papiros deberían haber sido hechos con vistas a su método, y no éste con vistas a los papiros. Y un periódico alemán de la época salió en su defensa atribuyendo también la culpa a los volúmenes “que no estaban bastante carbonizados”». En descargo de Sickert y de la comisión ante la que actuaba, hay que decir que un papiro que permaneció cuarenta años en poder de Champollion-Figeac y, después, de Firmin Didot nunca llegó a ser desenrollado ni leído. De haber llegado a conocimiento de Carlos III estas pequeñas historias pro-

tagonizadas por tan eminentes sabios, habría disculpado la lentitud con que operaba el padre Piaggio.

Deseoso de difundir las luces, Carlos III patrocina la publicación de un catálogo en el que se registren los hallazgos arqueológicos más importantes. El primer intento acaba en un voluminoso fiasco. El *Pro-dromo delle Antichità d'Ercolano* incurre en excesos de erudición tan impertinentes que su autor, monseñor Ottavio Antonio Baiardi, dedica nada menos que dos mil seiscientas setenta y siete páginas no a las antigüedades descubiertas, sino a los trabajos de Hércules, mítico fundador de la ciudad de Herculano, y a otras disertaciones semejantes. En vista de ello el rey resuelve crear la Reale Accademia Ercolanese por un decreto de 13 de diciembre de 1755, y el 25 de enero del año siguiente, la Academia celebra su sesión inaugural. En el rescripto que, por orden del rey, se envía a cada uno de los miembros designados para constituir la, Tanucci, recientemente nombrado secretario de Estado, traza las líneas maestras. Señala que el rey está vivamente interesado en que los académicos estudien lo más a fondo posible las antigüedades herculanenses, para cuyo rescate no ha reparado en gastos ni en dedicación, y que con ese fin ha estimado que lo mejor era elegir entre los numerosos eruditos que hay en la capital a quince personas idóneas que se apliquen al estudio e ilustración de todos esos monumentos y se reúnan cada quince días en la Secretaría de Estado para intercambiar sus respectivos conocimientos y tratar los asuntos que se sometan a dilucidación.

Carlos III no escatima esfuerzos ni fondos para sostener las actividades de la Academia, y contrata a un nutrido grupo de dibujantes y grabadores, que dan origen a la escuela de grabado de Portici. Resultado de esta iniciativa será la edición de los ocho magníficos volúmenes de *Le antichità di Ercolano Esposte*, empresa monumental comparable, en lo editorial, a lo que representan, en lo material, las excavaciones (Fig. 10). Para su elaboración la Academia va a utilizar la obra que se propone componer Alcubierre en un encuentro que, en 1756, tiene con los reyes en los jardines de Portici. La obra recibirá el título de *Noticia de las Albajas antiguas que se han descubierto en las excavaciones de Resina y otras en los dieciocho años que han corrido desde 22 de octubre de 1738, en que se empezaron, hasta 22 de octubre de 1756 que se van continuando*. En



10 *Carlos III*, por Camillo Paderni, en *Le antichità di Ercolano esposte*, Nápoles, 1757-1792.

1757 sale de las prensas de la Imprenta Real el primero de los ocho volúmenes de *Le antichità di Ercolano* dedicado a Carlos III. Entre los afortunados que reciben algún ejemplar de esos volúmenes —de los que sólo puede disponer el rey, ya que los edita a su costa— está Feijoo, al que obsequia con los dos primeros tomos de las pinturas. En justa correspondencia, el benedictino dedica al «sabio rey» el tomo V y último de sus *Cartas eruditas*, publicado en Madrid en 1760. *Le antichità di Ercolano*¹ revela al público europeo y sobre todo al hispánico y al napolitano, a través de magníficos grabados, quinientas pinturas, doscientas esculturas, cincuenta bustos y ciento cuarenta utensilios, o sea, un vasto museo de la antigüedad clásica en sus vertientes pública y privada, civil, religiosa y doméstica, que influirá decisivamente, al igual que los propios hallazgos, en la historia del arte y del gusto. Pues, como han puesto de relieve Mario Praz y Ferdinando Bologna, los descubrimientos de Herculano y Pompeya supusieron mucho para la historia del arte en general y de la cultura europea en particular.

El comprensible deseo de reservar a los eruditos napolitanos el privilegio de hacer públicos los hallazgos arqueológicos suscita, sin embargo, algún malestar en el público ilustrado de otros países, ansioso como está por conocer al detalle el fruto de tan extraordinarios descubrimientos. A la formación de ese estado emocional contribuye el sentimiento de frustración de los comerciantes de antigüedades ante el rigor que el monarca pone en la protección jurídica de los hallazgos. Y contribuye también la irritación de Winckelmann, que viaja de Roma a Nápoles en 1758, pues aunque Antonio Piaggio le aloja en Portici, se siente frustrado por las dificultades que encuentra para estudiar a fondo las antigüedades, debido a que la Academia, con un sentido excesivamente patrimonialista, restringe a los investigadores foráneos

1. Los volúmenes I (1757), II (1760), III (1762), IV (1765) y VII (1779) están dedicados a la pintura; el V (1767) y el VI (1771), a los bronceos, o sea, bustos y estatuas, y el VIII y último (1792), a las lucernas, candelabros y otros utensilios. Aunque sólo el primer tomo de *Las antigüedades* se publicó durante el reinado de Carlos III en Nápoles, éste siguió alentando desde España la edición de los demás, al igual que todo lo referente a las excavaciones. Su carteo semanal con Tanucci da buen testimonio de ello.

la posibilidad de estudiarlas directamente. Goethe lo pudo comprobar por sí mismo. Al referir la visita que hace a Portici en marzo de 1787, o sea, treinta años después de que Carlos III dejara Nápoles, dice: «Fuimos al Museo bien recomendados y nos recibieron bien. Pero no nos consintieron que dibujáramos nada». Pero como al autor de *Fausto* le gusta siempre ver el lado positivo, no se enfada por la restricción que se le impone, a diferencia de su admirado Winckelmann, y añade, como si estuviera pensando en el refrán castellano *No hay mal que por bien no venga*: «Pero quizás por eso mismo nos fijaríamos más en las cosas y nos trasladáramos más vivamente a los desvanecidos tiempos en que aquellos objetos se hallaban en torno a sus dueños y servían para el uso y el placer de la vida».

Los fondos pictóricos de la colección real no hacen más que crecer a cada año que pasa. En 1739, cuando aún no ha transcurrido un año desde que fueron iniciadas las excavaciones, ya hay treinta y una pinturas; en 1748, cuatrocientas, y en 1750, seiscientas. En su carta del 2 de febrero de 1756 el abate Barthelemy habla de «unas ochocientas pinturas, más de trescientas cincuenta estatuas, cabezas o bustos, casi mil vasos de diferentes formas y tamaños, y cuarenta candelabros grandes», además de ochocientos manuscritos antiguos, los famosos papiros de la Villa de los Pisones. En 1758, un año después de iniciada la publicación de *Le antichità di Ercolano*, y dos de fundada la Academia, Carlos III abre al público, lo que era una novedad en la época, el Real Museo Herculano de Portici. En 1762, dos años después de la partida de Carlos III a España, el museo alberga ya mil doscientas pinturas antiguas, y diez años después, mil quinientas. Único en el mundo por la riqueza de sus fondos artísticos y anticuarios, todos los viajeros cultos lo visitan y en sus memorias, cartas y relatos de viaje dejan constancia de la fuerte impresión que han recibido.

Algunos cortesanos, haciendo gala de un espíritu excesivamente precavido, reconviene al joven monarca por mostrar una colección tan preciosa en un lugar tan expuesto al Vesubio. A lo que éste les replica, con estilo zumbón, muy madrileño: «Así tendrán los venideros otra nueva diversión de aquí a dos mil años, y les hará honor descubriéndola». De todos modos, la cantidad e importancia de los fondos del Museo de Portici aconsejan su traslado, operación que se efectúa

en 1774, dos años antes de la destitución de Tanucci, o sea, cuando todavía Carlos III regía las Dos Sicilias desde Madrid. El lugar elegido es el antiguo Palacio de los Estudios de Nápoles. Construido por el virrey conde de Lemos e inaugurado en junio de 1615 como sede de la Universidad, había quedado vacante al trasladarse ésta al colegio que abandona la Compañía de Jesús tras su abolición en 1773. Goethe visita el museo en la primavera de 1787, y veinte años después lo recordará como «el alfa y omega de todas las colecciones de antigüedades», añadiendo que en él «puede verse bien hasta dónde llegaron los antiguos tocante a gozoso sentido artístico».

La partida de Carlos III a España en octubre de 1759 y, sobre todo, la mayoría de edad de su hijo Fernando IV relajarán el rigor de las normas conservacionistas. Rigor que el propio rey emplea consigo mismo cuando pone rumbo a España. En ese trance entrega a Tanucci, como regente del reino y representante de las autoridades napolitanas, un anillo, del que ya hemos hecho mención, decorado con un camafeo romano que, según la información del erudito Juan Andrés, representa una máscara con aspecto de Sileno. El rey se desprende del anillo a pesar de haberlo llevado en el dedo durante siete años, haberlo encontrado él mismo en el suelo y haber empleado a miles de hombres e ingentes cantidades de dinero procedentes de España para fundar el reino de las Dos Sicilias y sufragar los gastos de las excavaciones (*Lámina XXIV*). En su *Elogio de Carlos III*, Juan Pérez Villamil destaca que tan empeñado estaba Carlos III en que se conservaran en Nápoles las pinturas y esculturas descubiertas en las excavaciones, que ni siquiera le dio ninguna a su padre Felipe V. Tampoco su hermano el rey Fernando VI recibió ni una brizna de las colecciones que se custodiaban en el Museo Herculanoense, ni el menor de los preciosos objetos antiguos que decoraban sus propias habitaciones y las de la reina. Tampoco los recibió posteriormente el propio Carlos III de su hijo el rey de Nápoles. Testimonio de la voluntad conservacionista del rey y de la exactitud con que la lleva a cabo es que, estando ya a punto de retornar a España, manda realizar un inventario de todas las joyas y bienes pertenecientes a la Corona. Esa línea conservacionista no tendrá, desgraciadamente, seguidores en los reyes que le suceden en el trono napolitano, los cuales no sólo regalarán a gobiernos extranjeros

y a particulares algunos de los hallazgos realizados en el reinado de Carlos III, sino que permitirán exportaciones o ventas ilegales, como las de William Hamilton, representante de Inglaterra en Nápoles.

La partida de Carlos III produce una gran pesar entre los arqueólogos y los académicos, como bien lo ponen de manifiesto Luigi Vanvitelli, Piaggio y Tanucci, y sobreviene un brusco frenazo en las excavaciones y en el ritmo de apertura y estudio de los papiros. Si esos trabajos vuelven a recobrar parte de su ritmo anterior es gracias al impulso que desde España continúa dándoles el propio monarca español. En señal de afecto y agradecido recuerdo, los académicos le obsequiarán en 1782 con un servicio de porcelana en el que figuran representaciones de las antigüedades de Herculano². Entre los principales académicos se destaca el español Francisco de la Vega, que dirige las excavaciones a la muerte de Alcubierre, en 1780, y da nuevo impulso y una dirección más racional y moderna a las de Pompeya. También será académico su hermano Pedro, que le sucede en la dirección arqueológica. Carlos III ya había advertido las buenas cualidades que adornaban a Francisco de la Vega, en carta a Tanucci del 17 de diciembre de 1765, en la que también hace consideraciones que evidencian su excelente criterio en materia arqueológica y, en particular, conservacionista, la atención con que sigue la marcha de las excavaciones, el minucioso conocimiento que posee de los aspectos más variados del mundo romano, particularmente de su tecnología, y, lo que es más notable, su sencillez y falta de presunción o prepotencia, vicio en el que tan fácilmente podría incurrir un monarca absoluto:

«Te agradezco el haber depuesto la tentación de volver a poner en el templo de Isis las pinturas ya cortadas con todo lo que esos peritos te auguraban en vista de mis razones, y el haber mandado que todas las que se hallen en él, o en otra parte, se corten y pongan en el Museo de Por-

2. Con la ocupación de Nápoles por las tropas napoleónicas, el rey José Bonaparte sustituye en 1807 la Academia que crease Carlos III por otra análoga a la que llama *Accademia de Storia ed Antichità* y para la que nombra como secretario perpetuo al ilustre bibliófilo español y jesuita expulso Juan Andrés, que ya había prestado sus servicios al rey Fernando IV de Borbón.

tici [...] y te agradezco la planta que has hecho hacer y me has enviado de lo que se ha descubierto hasta ahora de él, la que he visto con grandísimo gusto, y no le tengo menor en ver lo que me dices de la actuación y vigilancia de ese joven La Vega y lo que él con su hermano menor de tan gran talento aprovechan así con los libros que se les suministran como con los discursos que tienen con Paderni, como bien se vio por la descubierta que me dices que han hecho de cómo estaban retenidos los remos y los remeros en las trirremes y haberla ya comprobada con la experiencia hecha, lo que te aseguro que me causa un gusto infinito, y merecen que se les premie; y te agradezco lo que me dices has dispuesto de que se haga el modelo, con una explicación y dibujo, para publicarlo en el Tomo que se prepara de Herculano, para que todo el mundo lo sepa, y otros no les quiten el mérito, y también te agradezco lo que me dices de que con la ocasión de otro navío me enviaras el modelo, el que bien puedes creer con cuánta impaciencia lo espero y el sumo gusto que tendré en verle y examinarle, pues bien sabes cómo soy en estas cosas».

Siete años han pasado de su partida de Nápoles, y, sin embargo, Carlos III sigue tan *dentro* de las excavaciones como cuando estaba en Nápoles. El párrafo transcrito revela algunos rasgos de la personalidad intelectual del rey, como son sus conocimientos de ingeniería y su idea de que cualquier elucubración ha de contrastarse con la experiencia. En cambio, su hijo Fernando IV, que tiene a la sazón quince años, nunca va a demostrar especial interés por las excavaciones. Lo que le gusta no es la arqueología, sino las «Comedias de improviso», que interpretan los comediantes del Arte.

Cuando el 11 de noviembre de 1814 fallece Pedro de la Vega, que ha sucedido a su hermano en la dirección de las excavaciones, puede decirse que termina el largo período de casi tres cuartos de siglo en el que la empresa arqueológica vesubiana estuvo dirigida por ingenieros militares españoles o hijos de españoles. Bien se puede llamar a ese período el Siglo de Oro de la arqueología clásica, pues nunca antes ni después se sacará a la luz una cantidad tan abundante y valiosa de objetos de la antigüedad clásica. Además, es entonces cuando se ponen las bases de la arqueología científica con un *modus operandi* que, como veremos más adelante, será tenido en cuenta por los arqueólogos

españoles que en el último cuarto del siglo dieciocho van a explorar las ruinas que dejaron los mayas entre México y Guatemala.

La España a la que llega Carlos III en 1758, después de haber residido en Italia veintisiete años y reinado en Nápoles veinticuatro, está preparada para recibir al que bien podemos llamar el Rey Arqueólogo. Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores, que es uno de los protagonistas de la investigación arqueológica a mediados del siglo y un adelantado en el estudio de los alfabetos prerromanos utilizados en la Península Ibérica, cuenta que, durante el reinado de Fernando VI, «se hizo de moda el saber» hasta convertirse en el factor principal del tono social. En efecto, además de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fundada por Fernando VI para difundir el buen gusto en pintura, escultura, arquitectura y grabado, se crean las Reales Academias de Buenas Letras de Sevilla (1752) y de Barcelona (1752), así como la Real Academia Histórico-Geográfica Vallisoletana de Caballeros (1753). Además, se promueven los *viajes literarios* y se envían los primeros pensionados de la Real Academia de San Fernando a Roma. A todo lo cual hay que añadir el viaje que hace a Italia Francisco Pérez Bayer, entre 1754 y 1759, para recoger monedas, manuscritos y antigüedades con destino a la Real Librería.

La ciencia anticuaría, que había contado con sabios tan destacados como Ambrosio de Morales y sus *Antigüedades de las ciudades de España* (1575), ahora rebrota con el *Viaje de las antigüedades de España*, ambicioso proyecto impulsado por la Real Academia de la Historia en 1752 a cargo del mencionado marqués de Valdeflores, quien, según Jorge Maier Allende, «representa la institucionalización de los estudios arqueológicos y la conservación monumental en España, una iniciativa sin precedentes en Europa», y con la *España Sagrada* de Enrique Flórez, monumental obra que empieza a publicarse en 1747. Tocado también por la fiebre anticuaría, el marqués de la Ensenada actúa como intermediario en 1746 en la compra del monetario de Charles de Orléans de Rothelin —una de las colecciones de monedas más ricas de Europa— para el Gabinete de antigüedades de la Real Librería, comisiona un año después al ingeniero Carlos Luján para que recupere y conserve las antigüedades de Cártama (Málaga) y en 1752 da instrucciones precisas para que se recojan los hallazgos arqueológicos produ-

cidos en el puerto de Cartagena. Ese mismo año la Real Academia de la Historia resuelve que se dibujen las antigüedades para facilitar su reconocimiento y estudio, y detalla las medidas que se han de tomar para la protección y conservación del patrimonio arqueológico. Esta disposición es una de las primeras que en ese sentido se toman en Europa, y sintoniza con las que Carlos III estaba tomando en Nápoles.

Ese mismo año de 1752, poco después de iniciadas las excavaciones de Pompeya, se estudian las ruinas de Emerita Augusta (Mérida), el lugar de la Península donde se concentran más restos arqueológicos de la antigüedad clásica, pues no en vano fue capital de la parte de Hispania llamada Lusitania y, después, de toda Hispania. Sólo un año después se cuenta con una colección de dibujos detallados de las ruinas del teatro romano (*Fig. 3, pág. 19*) y, también, del puente romano sobre el Guadiana, el acueducto de los Milagros y otros monumentos y esculturas, a los que, en 1754, se van a sumar testimonios análogos del teatro romano de Acinipo (*Fig. 4, pág. 20*) (Ronda), del monumento sepulcral de Zalamea y, en 1756, del grandioso puente romano de Alcántara (*Fig. 2, pág. 18*).

Un impulso no menor recibe el estudio epigráfico de las inscripciones latinas y de las monedas y medallas romanas, visigóticas y medievales en general. El P. Flórez es uno de los principales estudiosos de la antigua numismática española y marcará un hito cuando publique en 1757 *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*. En la introducción de esa obra, destaca que «entre los varios descubrimientos de los españoles, adoptados por los extranjeros, uno es el estudio de las medallas» y que «el primero de quien debe tomarse el origen de la Ciencia de las Medallas es un Rey de España, pues aunque antes recogió algunas el Petrarca, no tuvo sucesión, apagándose la luz tan presto como la encendió, por lo que el tracto continuo, y la época de los Anales Numismáticos se debe establecer en D. Alfonso el Sabio de Aragón, Quinto entre los Alfonsos, que reinó desde el año 1416 hasta el 1458». Su descendiente Fernando VI, al igual que su hermano Carlos III, no van a desmerecer de este predecesor, ni tampoco de otro tan ilustre como Don Alfonso X de Castilla, el cual portaba consigo a donde quiera que iba una arquita de marfil en la que guardaba sus medallas predilectas, lo que le permitía tener ante los ojos en todo momento los retratos de los héroes antiguos cuyas efigies representaban esas medallas.